

Futurismo



Alanís Fuentes, procurador del D.F.

sociales en presencia, la coyuntura particular en que la resolución debe producirse, etcétera. Eso no quita, sin embargo, que los secretarios de Estado no realicen, aunque no siempre lo tengan en la conciencia, su trabajo con una doble finalidad (en el mejor de los casos): por un lado, cumplir la tarea institucional que les fue asignada; y, por otro mostrar su eficiencia, "cumplirle" al presidente que los nombró, probarle que

son capaces de sucederlo.

¿Es legítimo que los secretarios de Estado ejerzan esa doble perspectiva? Suponemos que sí, siempre que la gana de lucimiento personal no vaya en desmedro del cumplimiento institucional. Si lo primero resulta de lo segundo, es útil que ocurra porque de ese modo el presidente alcanza un mayor conocimiento de las personas y podrá tomar la decisión más conveniente en las circunstancias. Admitir como imposible o innecesario influir en el ánimo presidencial sobre la base de los méritos, sería permitir que eventualmente obre sólo el capricho del presidente, y sería tolerar la rigidización de un poder fuertemente personalista.

En tal sentido, el futurismo que alarma a Alanís Fuentes, aunque él mismo no deje de practicarlo, no es nunca precoz, estrictamente hablando. El 1 de diciembre de cada seis años, cuando se retratan juntos los secretarios Estado (y los procuradores, pues, para que don Agustín reafirme su idea de que la Procuraduría del Distrito ya no es una oficina de cuarta clase), cada uno de ellos inicia su propia carrera hacia el ascenso. Los estilos de promoción pueden ser diversos. La aceptación de que así se procede puede ser consciente o inconsciente. Pero a nadie escapa que en un sistema donde se ha requerido ser cardenal para llegar a Papa, el hecho mismo de ser nombrado miembro del colegio cardenalicio abre, inexorablemente, expectativas respecto del futuro inmediato.

El futurismo existe, pues, de manera inevitable, como parte del mecanismo de selección del presidente. Eso no quiere decir que siempre tenga fundamento en los hechos. Al finalizar el segundo año de gobierno de Echeverría, quien habría de sucederlo, no era ni siquiera secretario de Estado, sino director de la Comisión Federal de Electricidad. Sólo en ese sentido puede hablarse de un futurismo prematuro, pues las condiciones para la decisión final sobre la sucesión presidencial aparecen dadas, históricamente, en el último cuatrimestre del quinto año de gobierno, y sólo entonces.

El futurismo es resultado de la porción mágica que es ingrediente de nuestro sistema político. Hacen futurismo no sólo los políticos profesionales, sino todos cuantos tienen aptitud de participar o aun simplemente de ver la actividad política. Aquellos, los políticos profesionales, practican el futurismo porque desean una ubicación, si se les ha dejado fuera del mecanismo de poder, o porque desean mejorar sus posiciones. Los que simplemente ven, y los que observan preocupados el desarrollo de las cosas, practican el futurismo por la gana, por la angustia nacida de una necesidad, de que la situación nacional no sea en el porvenir tan abrumadora como en el presente, y porque aspiran a que otro presidente, confiable por desconocido, sea capaz de responder a los retos a que debe enfrentarse.

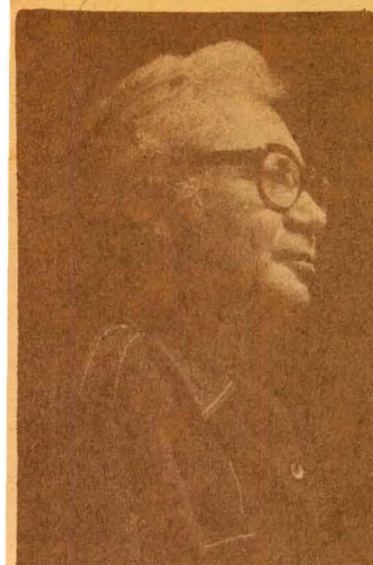
Esa oscura esperanza de que el próximo sí haga lo necesario se une a una explicable evasión de la realidad. Acaso porque nos sentimos en dificultad de afrontar los problemas de esta hora, queremos abocarnos a los de mañana, que por irreales parecen más manejables, más asibles. Por eso no estamos contentos con el día de hoy, esperando que el día de mañana nos depare una suerte mejor. Mañana estaremos inconformes con esa jornada, y confiaremos de nuevo todo, la mejoría de los bienes y la supresión de los males, al porvenir.

ENTRE AMARGAS REALIDADES DE AMNÉSICOS

nuevo grupo que eventualmente se convertirá en un partido político; si esto ocurre entre supuestos "informados", es fácil imaginar lo que le sucede a las mayorías, huérfanas de educación política y de confianza en quienes dicen que las "representan". Por lo menos para una, llamémosla institución, es buena esta ausencia: para lo que se ha dado en llamar el sistema político mexicano. Unos a regañadientes, otros hasta con sonrisas, todos los que están en el juego aceptan que el nuestro es un régimen presidencialista. Con masas politizadas, conscientes, dueñas de sus responsabilidades cívicas, es obvio que el presidente podría ser todo, menos lo que hoy se puede afirmar impunemente de cualquiera que sea el primer mandatario: Que es el HOMBRE, que en él se encara, y en nadie más, el Destino de la Patria. Que para México, como país, este no participar sea lo mejor, bueno, eso ya es otro boleto.

En estos días vinieron al recuerdo de participantes, de familiares, de testigos presenciales, lo que con típica evasión de los hechos concretos se ha llamado las Jornadas Estudiantiles del 68. Y entre los pocos que aquí participan del juego al que se ha aludido varias veces, se pretende hacer el balance político en que tales jornadas se convirtieron: que fue masiva la participación, ni negarlo; que la represión oficial fue digna del porfirismo agonizante, sobra destacarlo; pero que fuera un movimiento político, una toma de conciencia, un acceso responsable a los deberes y derechos de quienes viven en una sociedad regida por leyes que se respetan... ¿quién se atreve a tanto?

Hay una manera chistosa, y también bastante típica, de aludir a la despolitización de las grandes mayorías mexicanas: se dice que somos un país de amnésicos; o, con un poco más de pedantería, que padecemos de amnesia histórica. ¿Habrá manera de constatar el dato, aparentemente gratuito? El ejemplo que se presenta, más que de amnesia histórica, parecería de surrealismo delirante. Colgada de la anécdota, convertida en odioso recuerdo que invita a la gesticulación y a los escapes del rencor, queda una fecha: el dos de octubre de 68. Es, por excelencia, LA FECHA; el día en que se dejó de jugar a la constitución y a la democracia y se pusieron sobre la mesa las verdaderas cartas de la realidad nacional. Pues bien, en esta fecha, exactamente diez años después, el Instituto Politécnico Nacional debió inaugurar una Feria del Libro. Sí, en el Poli...



Buenos Aires, septiembre 1978.

Es cierto que después del triunfal domingo 26 de junio de 1978, después de la victoria de la Selección Argentina sobre la Holandesa en el encuentro final del campeonato del mundo, después de la gran noche de euforia de cantos, de tambores, de bailes, de banderas, se dijo ¡chau! y la vida normal volvió a Buenos Aires, a la provincia, a la ciudad y al campo. El lunes, otra vez al trabajo, al "laburo", a la carrera jadeante entre los salarios y los precios, al apacible mate mañanero, al callejear frenético de invierno.

Ahora, a cosa de tres meses del cotejo brillante, es cierto que ya nadie habla de

fútbol mundialista. Digo, si no se le pregunta. Porque la otra noche, en Landel, en la audición del joven grupo musical "Saloma", en función especial para los enterados, los guitarristas, los poetas, los cantores, de pronto llegó, silencioso, discreto —si es que se puede serlo con su más de uno noventa de estatura, el perfil agudo, la mirada de halcón—, y a mitad de una canción alguno dijo a voz en cuello: "¡Llegó Menotti!". Y la salita se cimbró con los vivas y los aplausos, como ocurre dondequiera que el héroe del Mundial de Fútbol pasa, asoma.

A él no le gusta, no lo admite, el papel de héroe. Él siempre insistió en la labor de equipo, él sigue convencido de que sólo un tenaz, paciente, esforzado, lúcido trabajo de grupo puede llevar la victoria. No puede negarse, sin embargo, a las manifestaciones de cariño que la gente le brinda, a la admiración con que la gente lo envuelve, pues otra cosa sería desestimar, dejar de lado, el completo apoyo, el estímulo formidable que los argentinos dieron a su equipo para lanzarlo a gol con fuerza arrolladora.

Yo pregunto, aquí y allá: "¿Qué impresión tienes de Menotti?". Y entonces los ojos de los interrogados se encienden, aflora la sonrisa en los rostros, resurge la emoción de los días cruciales del torneo y las frases se calcan unas a otras: "¡Bárbaro, che!". "¡Es un bravo!". "¡Se sostuvo ante todo y contra todo, porque mira que le hicieron la vida pesada!". Incluso una muchacha, precisamente una muchacha, inteligente, razonadora, admitió: "¡Que querés que te diga! A mí eso de el Mundial de la Paz no me convenció. La economía no iba a mejorar por eso; la gente no iba a tener más carne ni a ganar más plata después de ganar la Copa. Pero Menotti... sí, me parece un tipo de convicciones, de firmeza, de talento".

Me iba a recibir en su casa, aquí no más, en la calle Suchiapa; pero siempre está sumamente ocupado —lo imagino con sus zancas bien largas trotando sin respiro— y tuvimos que cambiar la cita, entre revuelo y tráfago, en su despachito de la Asociación de Fútbol Argentino: un escritorio minúsculo, dos sillas, un teléfono. Yo lo imaginaba como lo vimos por el televisor, en el estadio de juego: hosco, tenso, duro el gesto, interminable el cigarrillo chupado nerviosamente. Es sobrio, pero no hostil; sonrío levemente; habla sin prisas; y el que enciende un cigarrillo tras otro soy yo, él enciende uno solo y lo deja casi entero consumirse despacio en el cenicero.

—¡No, no, eso de que "Menotti es el prototipo del hombre moderno", de que "Menotti hizo posible la unidad del pueblo argentino", como llegó a escribirse por ahí, en proposiciones de sociología pedante, me parecen puras tonterías. La gente se sintió reanimada, recibió la alegría que merecía su entusiasmo, porque el equipo jugó con sinceridad, con coraje; es decir, con limpieza. Eso fue todo.

—Sí, fue un largo, arduo proceso. Comencé a trabajar de lleno en septiembre de 1974, en que fui designado para dirigir la Selección Argentina. ¿Por qué fui elegido? Supongo que porque pasaba una buena racha, había llevado a Huracán al campeonato, tenía una buena imagen ante el público... No, la mayor o menor capacidad técnica no cuentan decisivamente para eso, aquí. Además, nadie se la puede dar, a cuatro años de distancia, de pronosticador seguro, decir tal o cuál será infalible, tal o cuál será un fracaso. Lo que sí, ya exigí ese plazo mínimo, y mi puesto inamovible, y mis decisiones inapelables, para poder desarrollar sin ahogos, sin intromisiones alevés, mi plan de trabajo con una buena perspectiva, con una buena posibilidad de volverlo fecundo de veras.

—Usted habló de "veinte años de desorden" en el fútbol argentino; la anarquía que significaba estancamiento. Al jugador argentino siempre se le tuvo por habilidoso, ágil, imaginativo; pero precisamente, en eso se le señaló su defecto: excesivamente gambetero, recreándose en

Resultado: siempre se quedó el fútbol argentino en la orilla del...

—No era eso, precisamente. Lo que faltó fue una organización seria del deporte, un apoyo eficaz a su desenvolvimiento; se formaban equipos al vapor, en la improvisación se fijaban en las estrellas del momento y nunca se elaboraban planes a plazo largo ni mediano; no se trabajaba para el futuro.

—Usted pensó en los jóvenes; así formó su plantel inicial...

—Lógicamente tenía que pensar en los jugadores con posibilidades de desarrollo, en los que pudieran llegar frescos, con bríos, despejados, certeros, y bien empapados en las tácticas idóneas para una competencia tan dura y de tanta importancia como el Mundial; no en los nombres famosos, no solamente en los héroes que pudieran llegar fatigados, saturados de pelota. De otro modo, para mí no hubiera sido problema la selección: como a la mitad del River y a la otra mitad del Boca y ya está, ¡todos contentos! Los directivos de los equipos, felices; los criticones de la prensa, tranquilos. Pero no entraba en mi mente la idea de evitarme censuras, sino de construir un equipo que repondiera al ansia vieja de un público ansioso de triunfo, al imperativo imposterizable de demostrarnos a nosotros mismos y de demostrar a los demás que el fútbol argentino debía y podía estar a la altura de los mejores en el mundo.

—Usted comenzó su tarea con un plantel de alrededor de cuarenta jugadores. Sin embargo, antes de llegar a los veintidós definitivos, tuvo que hacer algunos cambios sobre la marcha...

—Muchos. Apenas mencionados los primeros nombres, comenzó el éxodo —el saqueo, diría yo—. Se vendieron jugadores a equipos extranjeros, como si el Mundial no contara para nada. Hasta que marqué el alto: no se podrían desplazar más preseleccionados, no se los podía vender, si no se fijaba el compromiso de su retorno para la concentración decisiva.

—¿Sólo ese tipo de circunstancias determinó los cambios?

—No, claro. Algunos, figuras relevantes, jugadores espléndidos sin duda, no entraron a la selección finalmente porque no consideré útil su estilo de juego, su forma de desempeño en la cancha, para el plan trazado. Otros, por infortunios personales o desánimo, se declararon sin el espíritu necesario para entrar a la batalla y yo tuve que admitir, aunque a regañadientes en ocasiones, su retiro. Como portero, por ejemplo, siempre tuve a Hugo Gatti en el puesto y a Fillol en la suplencia; pero Hugo se lesionó y aunque yo estimaba que podría seguir con buen éxito él no lo consideró así.

—Y claro, como Gatti es de Boca y Fillol de River, no le faltaron críticas sobre sus "preferencias", lo tacharon de parcial...

—Nunca me preocuparon las críticas. No se trataba de dejar contentos a los señores de la prensa. Después de todo, ellos siempre desaprueban a priori y siempre se atribuyen los aciertos cuando los hechos están consumados.

—Bueno, alguna gente lo habrá alentado. Clemente, el patito lindo, especie de ingenuo y claro filósofo popular, el de la tirita cómica de Caloi, en *Clarín*, le dedicó un cartón en que le cambió a usted el apellido, dándole el espaldarazo de confianza: lo llamó a usted, no **Menotti**, sino **Masotti**; es decir, nada de "menos", sino "más".

—Y claro, fue un detalle simpático, alentador. Pero el respaldo, el cariño de la gente fue fundamental. Desde el principio lo manifestaba así en la calle, en el café, en todas partes. Sacaba banderas, nos aplaudía al paso, nos envolvía en una oleada de afecto de verdad cálido. Ya con el torneo en marcha, ese desbordamiento de cariño a veces tomó proporciones de catástrofe.

—¿Cómo?

—Bueno, no tanto así; lo digo porque al ir al estadio o al salir de él, la multitud que nos aclamaba, nos rodeaba, impedía el paso del micro (el autobús) que nos transportaba y llegamos a pasar cierta angustia a veces, temiendo no llegar puntuales al encuentro.

—De nadie sé, señor Menotti, que en Argentina toda, desde El Chaco y Salta hasta Tierra del Fuego, haya permanecido indiferente en la lucha. Gente que ni siquiera asomaba al televisor para ver un partido, en el Mundial se hizo "hincha" hasta sus últimas consecuencias. Los del barrio igual que los de círculos intelectuales, digámoslo así, se entusiasmaron, se encendieron...

—Sin duda. Fíjese que el diarero (el vendedor de periódicos) de la esquina, ahí en la calle Arroyo, donde vive ciertamente gente acomodada, me dijo un día: "Señor Menotti, no pensaba yo que las señoras aquí tuvieran cacerolas"; pues con el abrigo de pieles y todo, salían a hacer bulla, y el diarero había imaginado hasta entonces que las cacerolas sólo existían en las casas de los pobres... Más todavía, durante los días de la concentración, nos visitaron, nos alentaron, nos alegraron los momentos pesados, todos los artistas argentinos que estaban en el país entonces; muchos nombres famosos...